

El sentido corporativo de Torán

Por **FERNANDO SAENZ RIDRUEJO**

Ingeniero de Caminos, Canales y Puertos



“Con Echegaray desaparece nuestro siglo XIX” escribió Mariano de Cavia a la muerte de don José en 1916. Con Torán desaparece el más genuino representante de otra gran época de la ingeniería española: esa que, a caballo sobre el centro de la centuria, ha contemplado la transformación hidráulica del país.

A sus 65 años José Torán, epígono de una casta de grandes ingenieros que generacionalmente le precedieron, era un superviviente que empezaba a no tener sitio en un mundo excesivamente burocratizado y que a él se le había quedado estrecho.

Exuberante, extrovertido, desmesurado en todo, el perfil humano de Torán es parangonable al de otros compatriotas, como puedan ser March, Dalí o Cela, que por su personalidad, antes que por su obra, han adquirido renombre universal. Si la fama de Torán ha quedado restringida a ámbitos meramente profesionales es porque no ha querido ser nunca nada más que ingeniero. Aunque, eso sí ingeniero lo era visceralmente, de forma obsesiva, las 24 horas del día.

Torán fué el ingeniero por antonomasia y por eso su figura ha sido mítica en el mundo de la

construcción. De él han circulado infinitas leyendas que, deformadas, abultadas, falseadas hasta la inverosímil, se seguirán repitiendo en todos los rincones de España mientras viva un ferrallista, un capataz o un contable de los que trabajaron a sus órdenes. Esperemos que quienes fueron testigos de sus más destacadas actuaciones dejen constancia escrita de ellas. Quienes gozaron del espectáculo viviente que Torán llevaba consigo no tienen derecho a permitir que se pierda su memoria en el olvido.

El objeto de estas líneas es más limitado; quisiera solamente comentar el enorme sentido colegial de todas las posturas de Torán y la aparente paradoja que eso encierra. Torán vivía en función de sus compañeros los ingenieros de Caminos pasados, presentes y futuros. Y ello es extraño porque los hombres de acción, como sin duda era él, no suelen tener tiempo de pensar en el pasado ni en el futuro. Y sin embargo, Torán era capaz de interrumpir la más encarnizada de las batallas profesionales para dar una charla sobre don Mariano Royo o para organizar una tertulia monográfica acerca de cualquier problema ingenieril del siglo que viene. Nadie como él ha bombardeado la modorra colectiva de los compañeros con sugerencias asociativas de toda índole. El denigrado espíritu de cuerpo volvía a cobrar sentido —o sea espíritu— en Torán.

La razón de todo ello estriba en que pocas personas, y desde luego muy pocos ingenieros, han tenido un sentido histórico tan acusado como José Torán. Se sabía enraizado en una tradición secular en la que era sólo un eslabón importante y se esforzó en dar lustre a las restantes piezas de la cadena. Desde su paisano del pasado siglo Ramón García hasta el último alevín, todos los ingenieros españoles merecieron su atención.

Como confirmación de lo dicho basta una hojeada a los índices de nuestra Revista de Obras Públicas. Las huellas que en ellos ha dejado Torán son de dos clases; por una parte están las sugestivas síntesis que, al frente de los números extraordinarios dedicados a los congresos de Grandes Presas, realizaba de la evolución de la actividad española en la materia. Por otro lado están sus restantes contribuciones, dedicadas todas ellas a meditar sobre nuestra profesión, su pasado y su futuro.

El actual interés por las grandes figuras de la ingeniería decimonónica se debe en buena parte a Torán. Tuvo un papel destacado en la recuperación del recuerdo de Ildfonso Cerdá, en el número conmemorativo que le dedicó la Revista y en la venida desde Australia, con interesante documentación, de la única descendiente del urbanista. La personalidad de Carlos María de Castro era objeto permanente del interés de Torán, que batalló inútilmente porque se le erigiera un monumento en el Madrid que Castro había trazado.

Entre las muchas ideas que promovió y que sirvieron para avivar nuestro menguado espíritu corporativo, recordaremos la organización de un concurso de biografías breves de los pioneros de la ingeniería, entre los alumnos de la Escuela. Pretendía, de paso, ayudar a poner remedio a lo que consideraba el peor de nuestros endemismos: la incapacidad de expresarnos fluidamente por escrito. Resulta sumamente divertido leer ahora las actas con las deliberaciones del jurado que Torán designó y que estaba compuesto por Tomás García-Diego, Clemente Sáenz y Sánchez Ferlosio. El purista autor de El Jarama confeccionaba largas listas de los solecismos, anglicismos y galicismos en que los concursantes incurrían y proponía, sistemáticamente, dejar el concurso desierto. El resto del jurado consideraba milagrosa aquella floración de escritores y, para animarles proponía repartir premios y accésits para todos. Al tinal las diferencias se sustanciaban ante una buena mesa presidida por Torán, quien no sólo costeaba un retrato al óleo del personaje de turno sino que encargaba otra biografía a un especialista.

La figura de don Lucio del Valle le subyugaba tanto que en su imaginación había llegado a transformar la imagen del sabio ingeniero que fué don Lucio en la de un superman, capaz de las más arduas empresas. Con escasa apoyatura argumental, pero con enorme convicción e ingenio, atribuía a del Valle, entre otras cosas, la paternidad de Alfonso XII. Su batalla por conseguir que la presa de Pinilla, que él había proyectado, se bautizase con el nombre de Lucio del Valle fracasó por el administrativo temor de que se llenase aquello de pescadores empeñados en capturar una nueva especie de lucios.

En nuestra Revista evocó también Torán a muchos ingenieros ilustres de comienzos de este siglo. Allí reprodujo su magnífica

conferencia sobre Orbegozo, allí dedicó un bello recuerdo a Quintana, allí glosó la pintoresca personalidad de don José Acuña, apóstol de la mesocracia e inventor de la papilla integral, sopa boba a que tendrían derecho quienes no trabajasen. Allí promovió un número conmemorativo del centenario de Rafael Benjumea, al que puso colofón o, por decirlo con su propia terminología, epifonema. También fue iniciativa de Torán la biografía que Carmen Martín Gaité hizo del conde de Guadalhorce y publicó nuestro colegio. "Logró comunicarme su entusiasmo por Guadalhorce" diría la atora en su dedicatoria.

Son infinitas las iniciativas de Torán que podríamos citar aquí para ilustración de nuestra tesis. Están marcadas todas ellas con el sello de su inefable personalidad, y muestran a las claras su capacidad aglutinadora. Empezaríamos por una gran cantidad de actos que organizó en homenaje de muchos compañeros y de los que puede servir de ejemplo aquél en que para conmemorar la jubilación del profesor Fernández Casado, movilizó a la embajada de China. Y habría que seguir por aquella ocasión en que, preocupado por definir rigurosamente la indumentaria académica de los ingenieros de Caminos, revolvió Roma con Santiago sin conseguir que ni el Colegio ni el Ministerio se aclarasen, para acabar comunicando su desventura a los colegas en un delicioso "informe navideño". Por último recordaríamos sus intervenciones, estando ya enfermo, en las Aulas Libres del Colegio.

Pero ha sido desde el Comité de Grandes Presas desde donde Torán ha catalizado en más ocasiones las inquietudes colectivas. Cuando aún estábamos inmersos en una mentalidad de posguerra y el ingeniero español no hablaba otro idioma que el suyo, nuestra presencia en los congresos de presas era ya, gracias a Torán, masiva. En una época en que cualquier parlamentarismo estaba mal visto, Torán sacó adelante la redacción de la Instrucción de Grandes Presas mediante la pública discusión de todas las enmiendas que a los sucesivos borradores presentaban los compañeros. Aquella magna asamblea en que Peña, Artola, Gasé y otros representantes de diversos estamentos intervenían desde los púlpitos y escaños que Torán les había preparado, quedará en la memoria de los que asistimos como ejemplo de la inventiva de un gran hombre.

De José Torán, en uno u otro aspecto, todos somos deudores.